La vida literaria en directo: el epistolario de Guillermo Díaz-Plaja

➤ *Anna Caballé*
Unitat d'Estudis Biogràfics / Universidad de Barcelona

En muchas ocasiones y desde hace años vengo defendiendo el valor de los archivos y legados personales para poder reconstruir con una base firme y sólida la vida intelectual de un país, de un periodo de tiempo, de una obra en concreto o bien para comprender la trayectoria de un escritor. Sin el acceso a toda aquella escritura gestada por debajo de la escritura histórica o literaria, sin disponer de las «huellas supervivientes» (memorias, cartas, documentos, imágenes) de las que habla John Lewis Geddis en su ensayo *El paisaje de la historia*, publicado por Anagrama en 2004, que nos permiten comprender lo que pasó o al menos tener una idea muy aproximada de ello, la escritura del pasado es mera especulación.

Es cierto que a esa apreciación se le puede reprochar un exceso de ingenuidad. La ingenuidad de creer que gracias a una documentación estamos más cerca de aprehender la vida en su estado natural: «El gusto por lo histórico es cándidamente invencible, razonaba en los años treinta Georges Duhamel. Y por otra parte es bien natural. (¿Dónde está Napoleón? Quiero verlo. ¡Este es Napoleón!)» (Duhamel, 1933).

Un mundo separa la forma de entender los archivos literarios en los años ochenta, cuando yo empecé a interesarme por ellos, de ahora mismo cuando han adquirido un estatuto hasta cierto punto, y afortunadamente para todos, privilegiado. El cambio experimentado, más que necesario, ha sido muy importante y se ha producido en todas las dimensiones de su análisis. Los legados literarios –archivos de ideas, libros anotados, cartas, agendas, diarios, dibujos, memorias, apuntes, manuscritos y borradores de obras– merecen ahora una consideración de la que carecían hace solo unas pocas

décadas, cuando solían considerarse como un modo obsceno de curiosidad biográfica. Estamos muy lejos, por fortuna, de comentarios como el que hacía el periodista catalán José Tarín Iglesias sobre su amigo, el editor barcelonés Joaquín Montaner, al publicar la correspondencia de este último con Miguel de Unamuno, escribiendo sin ocultar su satisfacción por el deber cumplido:

> De acuerdo con sus familiares, destruimos todos cuantos [originales] tenían un carácter íntimo, personal. También la vida de Joaquín Montaner había sido muy agitada en todos sus aspectos; desde el sentimental al económico. Por eso preferimos condenar al fuego muchos papeles, que al fin y al cabo no representaban nada en la vida literaria, ni siquiera personal de Joaquín, y en cambio hubieran podido enturbiar innecesariamente su memoria. (Tarín Iglesias, 1966)

Es una cita a la que he recurrido muchas veces, no porque sea la única, en absoluto, sino porque pocas veces hallamos de forma tan clara, en este caso expuesta por Tarín Iglesias, la idea de la destrucción de los papeles privados a fin de preservar la intimidad del personaje de que se trate. Un dilema, Kafka versus Max Brod, nunca resuelto y de imposible resolución probablemente, más que estudiando cada caso en particular.

En todo caso, la frase «preferimos condenar al fuego muchos papeles» era de lo más habitual en otros tiempos no muy lejanos, y me temo que ha sido una costumbre inveterada en la cultura de ámbito hispánico, a la que se han sumado las sucesivas destrucciones patrimoniales debidas a las guerras, las quemas de iglesias y conventos y los saqueos. Hoy lamentamos mucho aquella satisfacción que dice haber sentido Tarín Iglesias al cumplir con un deber supuestamente ineludible, destruyendo la correspondencia más personal y salvando solo la referida a su vida literaria. Porque si a la vida de un hombre y a su memoria le amputamos todo aquello que tenga un carácter íntimo, personal, sentimental y económico, las preguntas son: ¿qué queda biográficamente de ese hombre?, ¿sigue siendo un hombre o es una simple estructura intelectual desposeída de todo aquello que hace que una vida humana sea eso, un nudo de pasiones?, ¿qué es entonces lo que se presume que el lector puede leer y comprender de ese hombre después de un vaciado tan fenomenal?, ¿el intercambio de algunas referencias bibliográficas?, ¿las ideas sobre la patria? «Lo que importa es la vida», decía Montaigne, y cientos de años después Virginia Woolf haría suyo este lema: «De

día en día me repito más, a mi manera, la idea de Montaigne», anota en su cuaderno.

Es lógico preguntarse cuántos documentos no habrán sido destruidos bajo el paraguas protector del respeto que en el fondo a veces no es más que indiferencia o un temor pánico a una verdad inesperada: ¿cuántos archivos literarios no habrán desaparecido bajo la bota del «¿A quién le importa todo esto?», que ya formulara, entre muchas otras voces, Concepción Arenal, destruyendo la mayor parte de sus papeles personales. Y lo que es mucho más doloroso todavía: ¿cuántas oportunidades hemos dejado escapar con esa actitud?, ¿acaso es una actitud que beneficia a los estudios históricos y literarios?

Cuando yo fundé la Unidad de Estudios Biográficos, en torno a 1993, y modestamente creo que el centro sirvió como referencia intelectual para un nuevo modo de proceder con los papeles personales, no había prácticamente ningún espacio que los acogiera, a no ser que se tratara de un espacio creado *ex profeso* como el Arxiu Joan Maragall, ubicado en la casa donde nació. Siempre nos ha faltado una política institucional que piense la cultura en clave de futuro y no únicamente para salir del paso. Una política institucional es la que ha permitido, por poner un solo ejemplo, la creación del *Musée des Lettres et Manuscrits* inaugurado hace unos años en París, en pleno Saint-Germain-des-Prés (8, rue de Nesle, 75006) con la idea de poder articular el caudal autobiográfico francés organizando exposiciones monográficas regulares que ayudan a vertebrar esta nueva forma de conocimiento. Desde un punto de vista político, los archivos personales recuperan patrimonio. En ese aspecto, vinculado a la idea de identidad nacional, Philippe Lejeune ha hecho un trabajo excelente y muy iluminador, parcialmente reflejado en su texto «Los inventarios de textos autobiográficos», que tradujimos y publicamos en el extinto *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* (*BUEB* 2, Universidad de Barcelona, 1997).

Creo que en la vida de un ser humano no hay compartimentos estancos e incomunicados. Nos hemos empeñado en defender rígidas y comprometidas divisiones entre literatura y vida, o entre vida y obra, o entre vida privada y vida pública, trazando imaginarias líneas entre ambos espacios, que no extremos. Lo uno o lo otro. Sin embargo, escritura, negocio, salud, estudio y afectos no son casilleros independientes que pueden funcionar aisladamente, y cuando un hombre o una mujer escribe una carta, o toma una decisión, lo hace con el corazón y la cabeza, y el interés, y quizás la ofuscación, y

quién sabe cuántos componentes intervienen en el menor y más simple de nuestros actos cotidianos. Como observa Hannah Arendt, el principal problema a la hora de afrontar el desafío del conocimiento biográfico es que cualquier reflexión sobre el hecho de vivir pasa por la consideración del encadenamiento de la vida a sí misma: la vida de cualquiera de nosotros está consagrada a proveer sus propias necesidades, esa es su grandeza y su limitación (Arendt, 1974).

La pregunta para mí es ¿se puede prescindir de esta problematicidad al afrontar la descripción de una trayectoria intelectual o artística? ¿Qué necesidad hay de «humillar la realidad» –la expresión la utiliza Grégoire Bouillier en un libro titulado *Informe sobre mí mismo*– hurtándole la carne y la sangre, es decir, desfigurándola, para dejar un esqueleto incombustible de fechas y erudiciones varias que apenas puede sostenerse en pie, o bien una construcción biográfica novelesca donde cualquier parecido con la verdad es casual? Es evidente que a estas alturas nuestra sociedad ha optado por encontrar la forma de satisfacer sus propias necesidades cognitivas. Y si historiadores, filósofos e intelectuales arrugan tantas veces su fina naricita ante la necesaria, y yo diría que urgente, reflexión sobre las formas actuales de la conciencia del Yo, ahí están las legiones de periodistas, productores de televisión, guionistas de programas y opinadores de todo tipo haciendo su agosto, entrando a saco y sin el menor escrúpulo en las presuntas conciencias de seres corrientes, convertidas de pronto en el centro de atención del circo mediático. Digo presuntas conciencias porque situados estos promotores de los *reality shows*, por cierto cada vez más influyentes, situados digo en el otro extremo del interés –que no es el del conocimiento sino el del negocio– actúan en la dirección exactamente contraria a la expuesta por Tarín Iglesias: mucha carne, mucha sangre y ni un gramo de verdad. Cierto es que este asunto plantea muchos problemas y dudas morales, pero yo eso lo veo como un estímulo para avanzar en la teorización de un marco biográfico que nos es imprescindible cuando estudiamos en profundidad la producción de un ser humano. Entiendo que el trabajo humanístico se justifica precisamente porque es capaz, debe serlo, de enfrentarse a las dificultades, analizando y cuestionando las tendencias sociales dominantes y generando a su vez nuevas corrientes intelectuales que ayuden a corregir los excesos que puedan manifestarse, ofreciendo al mismo tiempo otras alternativas más enriquecedoras para el espíritu.

Conceptualmente los archivos y correspondencias –acumulación de un material informe, heterogéneo, plural, fruto de circunstan-

cias muchas veces imponderables– se hallan en el extremo contrario de la obra literaria. Los archivos son un lugar móvil, más o menos caótico, que ha acompañado al escritor o al personaje y que, en general, ha ido conformándose en los márgenes de la obra de arte, la obra política o académica, si es que pensamos en alguien que goce de cierta celebridad. Podría decirse que la obra es el monumento, la materialización conclusa y elaborada de una vocación profesional. Por el contrario, los legados personales preservan el gesto del ser humano, su memoria viva, la trastienda de esa proyección, los materiales que la fueron impulsando. Son, parafraseando a Gaston Bachelard (1957) en su espléndido artículo titulado «El cajón, los cofres y los armarios», una imagen de la intimidad siempre solidaria de cualquier escondite, una especie de *aleph* estrictamente personal en el que a menudo hombres y mujeres sueñan con encerrar, disimular, preservar sus secretos. Bachelard en dicho artículo se muestra indignado con el filósofo Henri Bergson por el hecho de que este utilizara los cajones como metáfora para explicar la insuficiencia de una filosofía puramente cognoscitiva: «La memoria no es la facultad de clasificar recuerdos en un cajón» (Bergson, 1907) decía por ejemplo Bergson, y Bachelard clama contra un comentario que le parece injusto, por el endurecimiento atribuido a esta palabra: ¿qué tiene Bergson en contra del cajón? ¿Acaso los cajones de un escritorio, como los estantes de un armario, el interior de un cofre o las hojas de un cuaderno, no son los verdaderos órganos de la vida psicológica secreta? Sin estos objetos organizadores de la interioridad ciertamente nuestra intimidad carecería de marco, de entidad física, de materialización y por tanto se perdería en el desorden sin límites del lenguaje interior y de la memoria intransferible.

El ejemplo más relevante en el caso que hoy me ocupa aquí, en el acto académico en recuerdo de Guillermo Díaz-Plaja, es el de la carta. ¿Hay alguien entre ustedes que no vibre al recibir una verdadera carta y no correspondencia comercial? Solo un pobre de espíritu puede mantenerse impávido ante ella –u otras palabras, como diario, escritorio, armario, biblioteca (otras palabras-mundo, en el sentido que les da Bachelard, podrían ser legado o archivo). Son palabras que acogen el ser de la profundidad, el ser de la vida que no se abre a cualquiera. La carta se abre a un ser en especial –y solo en él se piensa al escribirla– y sin embargo contiene, o soñamos con que puede contener, tan ingenuamente como se quiera, la semilla de la verdad personal, biográfica. Guillermo Díaz-Plaja era muy consciente del valor de un archivo y por ello no dejó de mantener

vivo el suyo: «Archivamos nuestros papeles –escribe en *Retrato de un escritor*–, guardamos nuestro pasado, una huella a punto de difuminarse en el olvido» (Díaz-Plaja, 1978). En efecto, un archivo es el testimonio más vivo de la muralla que la preservación de documentos opone al olvido. Es la forma humana de combatir la pérdida incontenible de la existencia y Díaz-Plaja, consciente de ello, alimentó el suyo guardando amorosamente las cartas que recibía y muchas veces conservando copia de las que escribía, sabiendo que todo ello un día formaría parte de la *petite histoire* de la literatura española. No todo el mundo lo ve del mismo modo, por supuesto: «Aquello que la gente guarda en secreto –escribe con la voluntad de descorrer un telón, el novelista checo Milan Kundera– es la cosa más común, más vulgar, más prevaleciente, lo mismo que todos tienen: el cuerpo y sus necesidades, sus enfermedades, sus manías» (Kundera, 1998).

Se da la circunstancia de que algunas veces ese material contenido en cajones, armarios, carpetas y cuadernos que como digo, siguiendo a Bachelard, es inapreciable reflejo de una personalidad y de una trayectoria, ese material viaja hasta los archivos de una biblioteca o de un centro de documentación. ¿Con qué objeto? Ahí está la cosa. A veces podemos sentirnos confusos ante la recepción de un material repleto de documentos personales de difícil clasificación. Para algunos, conceder un lugar relevante a este tipo de documentos constituye una actitud provocadora, incluso subversiva, porque borra las fronteras que sirven para constituir una cierta escritura como objeto valorado: como señala Philippe Lejeune, las fronteras entre buena y mala literatura, entre literatura y no-literatura tienen poco sentido en un archivo o en una correspondencia. Solo podemos hablar de escrituras que, ocasionalmente, ofrecen un interés artístico, pero siempre lo tienen desde el punto de vista biográfico. En cualquier caso, hemos de ser conscientes de que contienen información que es de gran importancia para escribir cualquier tipo de historia. El historiador estadounidense John Lewis Gaddis llama a esos materiales que pueden hallarse en un archivo personal (cartas, documentos, imágenes, memorias) «estructuras supervivientes» y gracias a ellas, dice, podemos reconstruir los procesos pasados aventurando lo que pasó (Gaddis, 2004). En todo caso, el objeto de estudio es abierto. No es cerrado como el estudio de un poema o de una novela donde las posibilidades de análisis son limitadas. Una correspondencia como la depositada por la familia Díaz-Plaja Taboada en la Unidad de Estudios Biográficos plantea un mundo de posibilidades y hermenéuticas posibles. En

primer lugar, podemos considerar la correspondencia desde la perspectiva del remitente, o bien del destinatario, para a continuación seguir cualquiera de los múltiples hilos que lanza la comunicación entre personas que tienen un mundo de afinidades e intereses en común.

Discúlpenme este *ex cursus* que tenía la intención de valorar y agradecer el gesto, la generosidad de la familia Díaz-Plaja Taboada al poner la correspondencia de su padre, un total de 1.881 cartas, a disposición de los investigadores, sin exigir la menor contraprestación. Don Guillermo fue ante todo un estudioso de la literatura, un hombre que hizo del conocimiento y análisis de la literatura el motivo central de su vida, de sus conferencias, sus viajes a América, sus ensayos, sus clases y sus encuentros con colegas. Los años de la correspondencia, de 1929 a 1984, no eran los de ahora. No es bueno ni es malo, eran tiempos diferentes, cuando el intelectual tenía en la máquina de escribir su herramienta de trabajo y la carta era un medio de comunicación fundamental, imprescindible entre escritores. Benditas cartas gracias a las cuales podemos reconstruir episodios, relaciones, polémicas, personalidades. Don Guillermo era un hombre abierto, afable, legítimamente interesado en prosperar en su trabajo, como todos. Preocupado en sus últimos años por justificar lo ingente de su obra publicada. Él mismo se definió como un escritor caudaloso, porque, en efecto, apenas quedó tema importante de la literatura española que él no tratara: el Romanticismo, los escritores del 98, el Modernismo, Valle-Inclán, el poema en prosa, el Barroco, la poesía de Ramón Basterra, Salvador Dalí, Federico García Lorca, el Mio Cid, los géneros literarios...

Me recuerda a Ortega y Gasset, ambos poseedores de un vitalismo excepcional que en su caso significó una curiosidad infatigable por el mundo y un deseo de penetrarlo a través de sus lecturas. Y yo me pregunto si frente a la escuela filológica de preguntarse por qué hizo lo que hizo, reprochando actitudes políticas, nos interrogamos sobre el cómo lo hizo. No entiendo que hablemos de formas de pensamiento, de formas estéticas y no hablemos de formas de vivir, de estéticas de la existencia. Se ha impuesto entre nosotros la idea de Paul Ricoeur de que la vida es el relato que de ella construimos, que nos construimos y que supuestamente nos sostiene. Modestamente no creo en la hipótesis de Ricoeur, como teoría es bellísima –es lo que tiene de admirable la escuela estructuralista, la belleza de sus proposiciones– pero tengo la impresión de que ese relato se halla tan atomizado, es tan disperso y moldeable que no puede ayudarnos en

la reflexión sobre la identidad. Por el contrario, me inclino a pensar que la vida es fundamentalmente una forma, un estilo de actuar que nos va definiendo y distinguiendo al mismo tiempo. Creo que las personas actuamos según un repertorio relativamente modesto de posibilidades y solo variamos ante la necesidad cuando esta nos impone nuevas formas de reaccionar. Nuestro modo de abordar los problemas, por distintos que estos sean, suele ser siempre el mismo, como lo son los colores que nos gustan, y las situaciones siguen unas pautas interiorizadas. Para don Guillermo son estas últimas las determinantes de nuestro actuar porque conscientes de ellas exploramos las alternativas que nos ofrecen.

Estilos de vida: hay personas extrovertidas, abiertas, cuyo pensamiento es acción inmediata (el caso de Ortega, de Díaz-Plaja), mientras que otras necesitan demorarse en sí mismas largo tiempo antes de proyectarse en la acción, por pequeña que esta sea. Hay estudiosos de la literatura que perforan una y otra vez un mismo cubículo de terreno hasta extraerle todos los matices posibles, mientras otros otean el horizonte y no atienden a un pozo en concreto porque su curiosidad les lleva a observar la extensión del campo petrolífero, el paisaje que ofrece el conjunto, sabiendo que su pensamiento es horizontal, atiende a la extensión del dominio con sus niveles e influencias, mientras que el pensamiento de los primeros es vertical. Quien domina ambos procedimientos intelectuales es capaz de generar nuevos paradigmas de trabajo.

Sirvan como ejemplo los casos de José Manuel Blecua y Guillermo Díaz-Plaja. El primero centró buena parte de sus esfuerzos en la edición de la poesía de Quevedo y prácticamente nada escribió fuera de los márgenes de los Siglos de Oro, mientras Díaz-Plaja recorrió la literatura española una y otra vez en sus ensayos y manuales. La correspondencia cruzada entre ellos pone de manifiesto su distinta forma de trabajar.

«¿De dónde sacas el tiempo para tanta cosa? ¿Es que tienes fabricado un día especial de 48 horas hecho en alguna fábrica catalana? De otra manera no se comprende que puedas atender las clases, escribir dos artículos semanales, investigar, publicar libros de ensayo y despachar la correspondencia. ¿Es que tienes secretario? Eres un hombre excepcional», le comenta un joven Blecua, admirado ante la actividad que despliega su colega. La carta está fechada en Valladolid, el 12 de enero de 1940. De mi coleto añado que no tenía secretario, pero sí secretaria, Concha Taboada, su mujer y un apoyo constante en su trabajo.

Hay que decir que José Manuel Blecua, catedrático de Literatura Española de la UB y mentor de un sinfín de discípulos, tres años después reflexiona sobre sus distintos ritmos de trabajo y concluye: «Para mí se nace aristotélico o platónico, como decía Carlyle. Se es recto o curvo y no hay que darle más vueltas al asunto» (Amat, Bravo y Díaz-Plaja, 2009). Pero no deja de mostrar cierta inquietud ante la actividad incesante de Díaz-Plaja: «Te confieso que después de leer un libro tuyo me voy corriendo a leer los *Orígenes del español* para salvarme. Tú te salvas así, y eso es lo que los tontos –¡cuántos hay, Dios mío!–, no comprenden». (Amat *et al*., 2009).

Hace unos días [por el mes de diciembre de 2016] se celebraron elecciones al rectorado en la Universidad de Barcelona. Perdió el Dr. Màrius Rubiralta, rector de la UB por poco tiempo, entre 2005 y 2008. A él debo la primera y única beca concedida por el Vicerrectorado de Investigación, del cual fue responsable durante el mandato de Antonio Caparrós, para catalogar el archivo epistolar de don Guillermo Díaz-Plaja. No he conocido a otro rector tan interesado por la investigación como él y tan capaz para fomentarla. De inmediato comprendió el valor de aquella correspondencia y al poco tiempo firmaríamos un convenio de donación. Fue el 26 de septiembre de 2006. De aquel empuje nació el libro *Querido amigo, estimado maestro*, una selección de 127 cartas del fondo disponible en la Unidad. Pero las posibilidades del fondo son enormes, porque el hecho evidente es que don Guillermo era un hombre sociable y abierto que disfrutaba enormemente en la relación con los otros: amigos, colegas, conocidos. Prácticamente toda la vida literaria española de la segunda mitad del siglo xx tiene un reflejo en su correspondencia. Piensen en un nombre y seguro que tenemos una carta: Azorín, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, José Manuel Blecua, Salvador Espriu, Pedro Laín Entralgo, Eugenio Montes, Alfonsina Storni, Eugenio d'Ors, Guillermo de Torre, Gregorio Marañón, Emilia de Zuleta, Dolores Medio, José María Pemán, Américo Castro, José María Gironella, Joaquín de Entrambasaguas, María Luz Morales o Sebastián Juan Arbó, por citar algunos ejemplos.

Hay cartas de todo tipo, del tipo de mundo que cultiva un estudioso de la cultura. Cartas de agradecimiento de libros que van y vienen constantemente, de libros que se leen, se agradecen, se comentan, se discuten. Cartas de pésame, de felicitación, cartas donde se piden favores, o se hacen favores, cartas de recomendación, de reclamo del pago de un artículo o de unos derechos de autor, cartas que

son desahogos personales como la que le escribe Agustí Esclasans desde la cárcel Modelo de Barcelona, acusando recibo de uno de los primeros libros de Díaz-Plaja: *Introducción al estudio del Romanticismo español* (Espasa Calpe, 1936, Premio Nacional de Literatura en 1935), un libro novedoso pues en aquel momento apenas había interés por el movimiento romántico. El poeta injustamente encarcelado en 1939 por «rojo y separatista» sorprenderá a su amigo con un inventario de todo lo que lleva escrito en los quince meses de prisión. O bien la muy conocida carta de Juan Ramón Jiménez donde aprovecha el cuestionario enviado por Díaz-Plaja en vistas a su futuro libro *El poema en prosa en España* (Gustavo Gili, 1956) comentándole sus principales influencias poéticas, pero también reconociéndose dolido por los comentarios maliciosos de Guillén y Salinas sobre su esposa, Zenobia Camprubí. Uno de los activos más valiosos del Fondo GDP es la correspondencia cruzada con Azorín, que va desde 1929 y hasta poco antes de morir el escritor levantino, es decir a lo largo de más de treinta años. Una correspondencia llena de sentido porque Díaz-Plaja ocuparía el sillón P mayúscula, que había quedado vacante a la muerte del escritor levantino. Tomó posesión el 5 de noviembre de 1967 con un sentido discurso dedicado en parte al elogio de su maestro y amigo. Disponemos de 23 cartas de Azorín, sin las correspondientes de Díaz-Plaja más que en una ocasión, pero resulta sumamente útil para comprender la psicología del autor de *La voluntad*, un hombre volcado en sus libros y en sus cosas que supo transmitir con gran acierto en los cientos de artículos periodísticos publicados. Los dos hombres fueron trabajadores infatigables que cruzaron transversalmente temas y tópicos de la literatura española de todas las épocas, si bien Azorín es conocido por la creación de una prosa inconfundible. Es una correspondencia profesional, Azorín acusa recibo de los envíos que le hace Díaz-Plaja y desde el primer momento le trata de compañero de profesión, pese a la diferencia de edad entre ambos. En 1929, año de la primera carta, Azorín tiene 56 años, y Díaz-Plaja es un joven de 20. Su última carta está escrita con 93 años y es muy interesante para hacerse una idea de cómo funcionaba la mente de Azorín y cómo tenía la literatura española en la cabeza. Díaz-Plaja le envía un artículo escrito sobre el *Lazarillo* y el *Buscón,* imagino que una síntesis del estudio preliminar que había preparado de ambos textos para una edición de Porrúa, en México, publicada unos pocos meses atrás. Azorín le contesta con sus propias consideraciones sobre los retos que debe plantearse el historiador de la literatura ante los clásicos (anexo 1):

Mi querido Díaz-Plaja: su artículo en *La Nación* de Buenos Aires es sumamente interesante. Se lo agradezco infinito. La historia literaria depende del carácter del historiador, a si prefiere la erudición sobre la obra, otros prefieren la obra misma, sobre todo después de haber leído a Taine y a Sainte-Beuve. En el *Lazarillo de Tormes* es interesante saber el nombre del autor; un adicto de Carlos V que vivía lejos de España, en Flandes [¿está pensando en Alfonso de Valdés?]. Interesa más el saber si el Toledo que nos pinta el autor es un Toledo auténtico o un Toledo convencional. Cuando Lázaro se separa del ciego, en Escalona, se va a Torrijos, pero retrocede a Maqueda. Los eruditos no se explican este retroceso. En Torrijos no podía situarse la escena del clérigo avariento. Torrijos era el pueblo predilecto de Dña. Teresa Enríquez, esposa de un Contador de los Reyes Católicos [Azorín se refiere a Gutierre Cárdenas]; allí levantó una iglesia y fundó un hospital. ¿Qué va a hacer allí un pobre cura que tenía una ristra de cebollas en una cámara? Nuestras leyes mandaban llevar cebollas en las naves, contra el escorbuto. En Flandes, país más naviero que España, se consumían más las cebollas; en casa del párroco de Maqueda ¿por qué? En Toledo ¿dónde estaba la casa triste, desmantelada, en que vivía el hidalgo? ¿Dónde la tripería? ¿Era costumbre, en Toledo, que por las mañanas de la primavera fueran las busconas a una huerta del Tajo a ver si alguien las convidaba a almorzar? ¿No se puede precisar todo esto? ¿No había en Toledo ordenanzas municipales?

Comparemos este Toledo con el Toledo que nos presenta Quevedo en el *Buscón*. En tres casos va a Toledo una compañía teatral, entre los actores va una linda bailarina. Todo va a ser desgracia en Toledo. Todo debe ser tristeza en Toledo, con la ejecución de Pacheco, el actor, el ------.

Abrazo, Azorín[27]

Podemos imaginar la cara de sorpresa de Díaz-Plaja al recibir una carta repleta de motivos para ponerse a trabajar de nuevo, cuando él acababa de escribir un estudio sobre el tema.

La correspondencia disponible en la UEB cuenta asimismo con dos cartas manuscritas de Américo Castro, aislado al final de su vida en Playa de Aro, donde moriría en 1972, sabiéndose discutido y no siempre tan bien tratado como él deseaba, pero de igual modo extremadamente hipersensible a cualquier tipo de crítica. Una de

27. F-GDP/691. Es una carta fechada en Madrid el 9 de marzo de 1966. Azorín moriría un año después, el 2 de marzo de 1967.

ellas, dirigida por don Américo al infatigable trabajador que fue GDP, es mi carta preferida de todo el epistolario. Por alguna razón, ha caído en sus manos el lejano estudio de don Guillermo, *El espíritu del Barroco: tres interpretaciones* (Apolo, 1940), donde este último abordaba ya el origen judío de Góngora, también tratado por el hispanista afincado en Estados Unidos. El autor de *España en su historia* se disculpa por no haberlo tenido en cuenta en su momento y hasta entonces. Es una carta manuscrita y fechada en el Park Hotel de Playa de Aro (Gerona), donde Américo Castro solía pasar el verano a causa de los problemas de salud de su esposa y donde murió el 25 de julio de 1972.[28] La escribe el 17 de agosto de 1968 y en ella hace mención a su pasado trabajo en el Centro de Estudios Históricos, en cuya fundación colaboró en 1910. Reproduzco la carta (anexo 2):

Querido amigo:

Muchas gracias por su amable carta del 5 de este y, sobre todo, por el regalo de sus interesantes y para mí –*me pudet*– libros no tenidos en cuenta. Mi edad avanzadísima y la dura complejidad de mi obra (contra mí arremeten gentes de toda mala laya) son circunstancias que fuerzan a servirse sólo de lo al alcance de la mano y no de todo. En el Centro de Estudios Históricos había un servicio bibliográfico que me socorría; aunque yo entonces leía revistas, cosa ahora casi imposible para mí. De haber leído sus páginas sobre Góngora y Gracián, las habría mencionado, naturalmente. Ya sabía de lo de Gracián, y sobre eso hablé a veces con el P. Miquel Batllori (hay un pequeño detalle documental muy significativo).

Mi escasez de fuerzas-tiempo obliga a reducir incluso la correspondencia. Concentro el interés en el problema España-españoles. ¿Cómo puede todo un pueblo vivir ligado a tanta necia mentira? Fuera de algunas personas muy denodadas, los «profesionales» callan o falsean la realidad. Con Dámaso no cabe ni el diálogo; cree que todo eso son «trapos sucios». En general todos temen a comprometerse. Católicos, judíos (salvo alguna excepción) y marxistas (en bloque) convierten en causa nacionalista o dogmática el mentir sobre los pobres españoles, el único país europeo cuyo nombre les fue tardíamente dado por gente de

28. Aunque hay dudas al respecto y mientras en wikipedia se señala la muerte ocurrida en Lloret (pueblo costero muy próximo a Playa de Aro), lo más probable es que ocurriera en Playa de Aro, donde se alojaba.

fuera, por los provenzales, que nunca dominaron la tierra de España. Para escurrir el bulto, [Joan] Corominas sigue excluyendo el vocablo español en la segunda edición de su Diccionario (Gredos).

Me dicen por varios lados que cierta beatería católica, ligada con algunos judíos y marxistas, pretenden clamorosamente anular mi obra, un gran estorbo para ellos. Perderán una vez más el tiempo. Los ultranacionalistas, partidarios de una España siempre europea (!), no se avergüenzan de hacer españoles (cuando no los había) a Séneca y Trajano. En Francia e Italia se consideraría cosa de analfabetos llamar francés a Carlomagno o italianos a Augusto o a Horacio. Aquí, los intereses creados, la inquisición difusa, mantienen vigentes cosas dignas de intelectuales. Lo que de veras me importa hoy es contribuir a evitar otra matanza ciega, tan bárbara como inútil. Huelga decir que tendré mucho gusto en conocerle personalmente. Con muy alta estima, es suyo cordialmente amigo,

Américo Castro[29]

No sabría decir por qué me siento tan encariñada con esta carta escrita por un hombre de 83 años que mantiene la misma tensión moral con sus paisanos que la exhibida en sus escritos de los años treinta. Y la misma susceptibilidad en cuanto a las objeciones que pudieran hacerse a su obra. Es un hombre en guerra contra el mundo, pero sobre todo contra un españolismo recalcitrante y complaciente que no había profundizado como debería en su propia y compleja identidad histórica. Así lo recuerda José Manuel Caballero Bonald en la semblanza biográfica que le dedica a don Américo (Caballero, 2017: 29-32) y donde el escritor jerezano destaca la extremada autoridad, incluso la rigidez, con la que el hispanista solía opinar en su doble vertiente profesional de historiador y filólogo. En cuanto al contenido de la carta, ya sabemos que don Américo acusaba de mitógrafos a quienes trataban de españoles a las gentes que vivían en la Península antes de que hubiera el menor asomo de un pueblo llamado «español» (una terminación que don Américo considera francesa: «si fuera autóctona sería españuelo»). En su opinión el término surgía a principios del siglo XIII entre los peregrinos del sur de Francia y con él se referían a los dispares habitantes de los reinos cristianos que había que cruzar antes de llegar a Santiago de Compostela.

29. F-GDP/1301.

En todo caso, valgan las dos cartas como muestra de la vida literaria en directo: ideas, afectos, intereses y temores que van y vienen de un lugar a otro, de una ideología a otra, de un método de trabajo a otros. GDP a todos dio cabida en la inmensa humanidad que albergó, tanto en su vida como en su obra. Y las 1881 cartas que permanecen en su archivo, hoy depositado en la Unidad de Estudios Biográficos, son la mejor prueba de ello.

Bibliografía

Amat, J., Bravo, B. y Díaz-Plaja, A. (eds) (2009). *Querido amigo, estimado maestro. Cartas a Guillermo Díaz-Plaja (1929-1984)*. Barcelona: Servei de Publicacions de la Universitat de Barcelona, col. «Vides escrites» - Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona.

Arendt, H. (1974). *La condición humana*. Barcelona: Seix Barral.

Bacherlard, G. (1957) [1965]. *La poética del espacio.* México: FCE.

Bergson, H. (1907), *L'Évolution créatrice*. París: Félix Alcan Ed.

Caballero Bonald, J. M. (2017). *Examen de ingenios*. Barcelona: Seix Barral.

Díaz-Plaja, G. (1978). *Retrato de un escritor*. Barcelona: Pomaire.

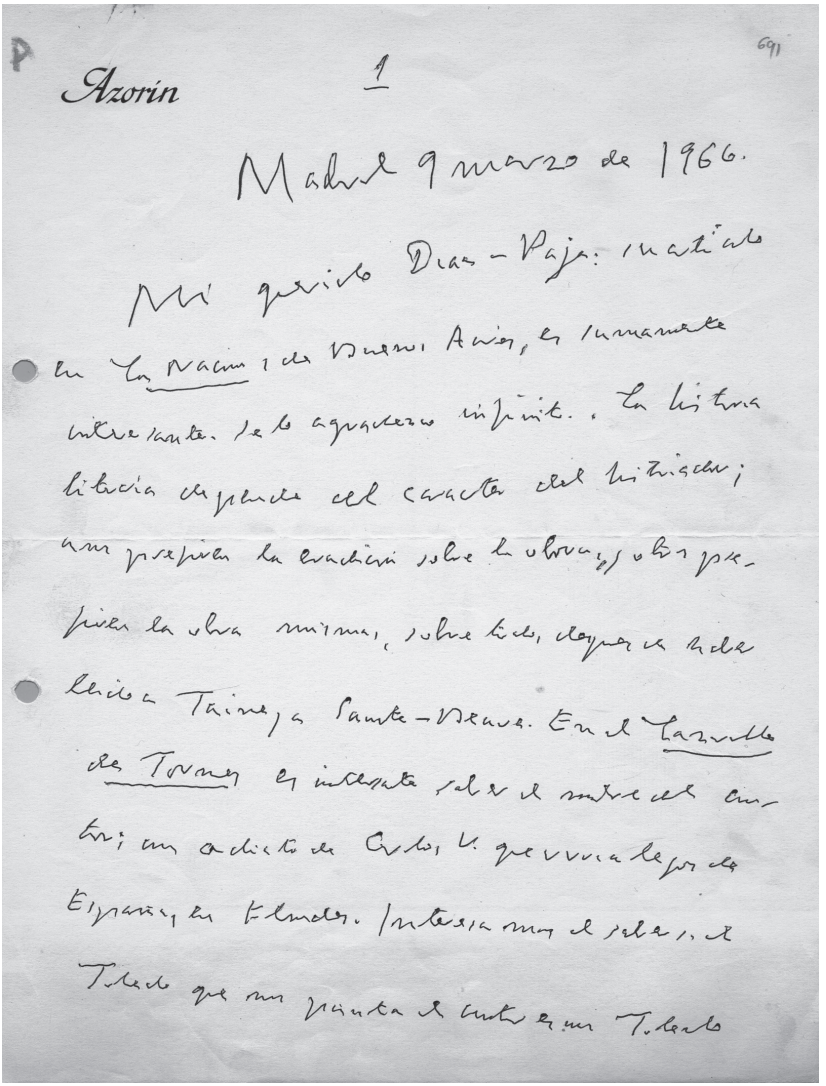
Duhamel, G. (1933). «Remarques sur les mémoires imaginaires». En *La Nouvelle Revue française*, t. XLI, julio-diciembre.

Gaddis, J. L. (2004). *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Barcelona: Anagrama.

Kundera, M. (1998). *L'Identité*. París: Gallimard.

Tarín Iglesias, J. (1966). *Unamuno y sus amigos catalanes*. Barcelona: Peñíscola.

Anexo 1: Carta de Azorín a Díaz-Plaja (1966)



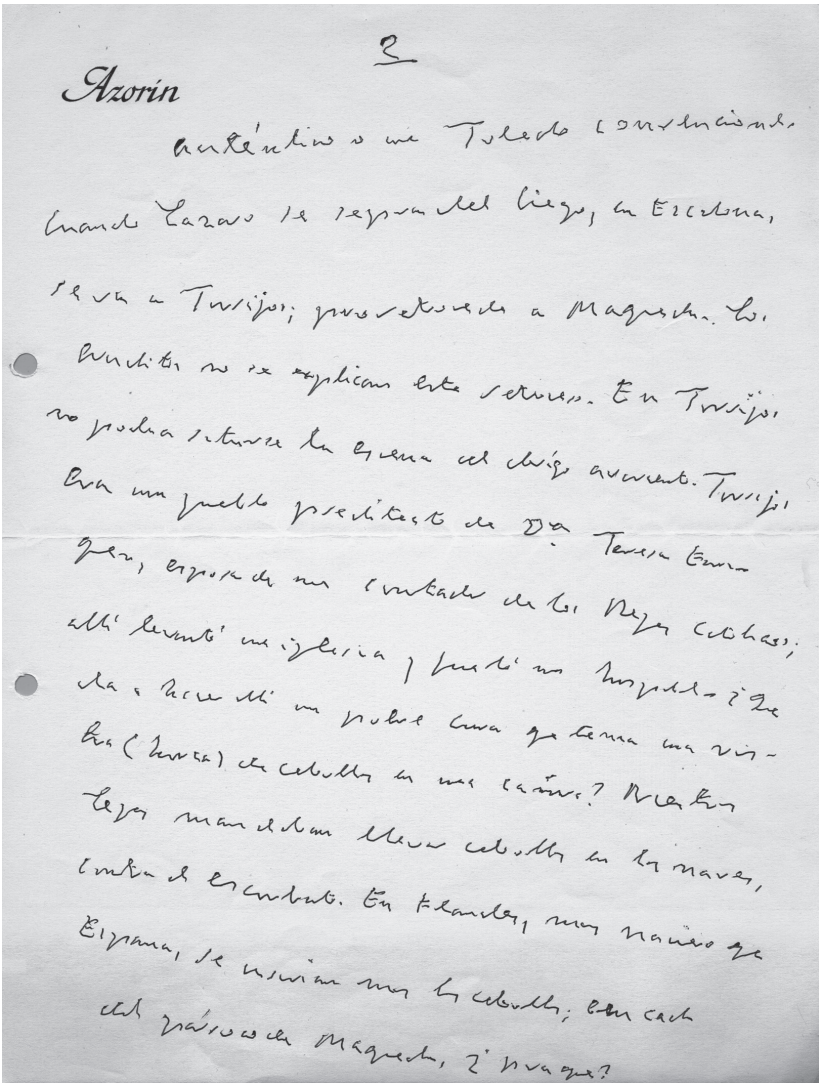
691

Azorín

1

Madrid 9 marzo de 1966.

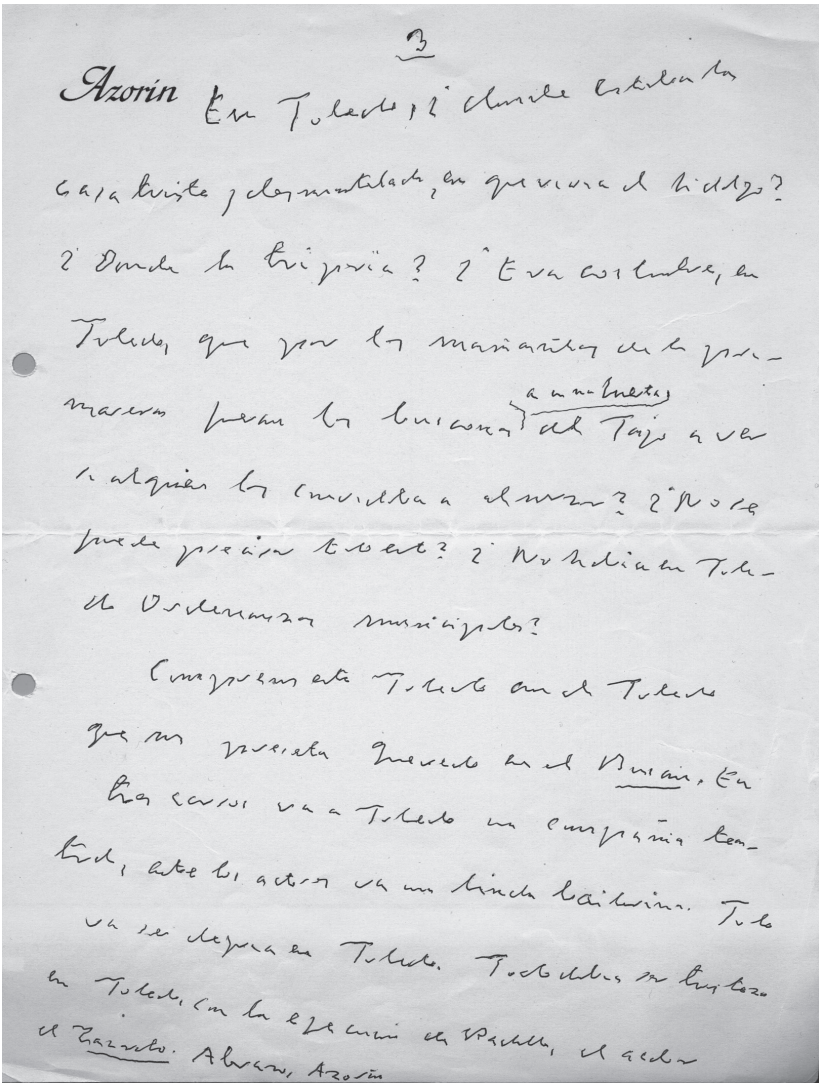
Mi querido Díaz-Plaja: su artículo en La Nación de Buenos Aires, es sumamente interesante. Se lo agradezco infinito. La historia literaria depende del carácter del historiador; unos prefieren la erudición sobre la obra, y otros prefieren la obra misma, sobre todo, después de haber leído a Taine y a Sainte-Beuve. En el Lazarillo de Tormes es interesante saber el nombre del autor; un adicto de Carlos V. que vivía lejos de España, en Flandes. Interesa más el saber si el Toledo que nos pinta el autor es un Toledo



2

Azorín

auténtico o un Toledo convencional.
Cuando Lázaro se separa del ciego, en Escalona,
se va a Torrijos; pero retrocede a Maqueda. Los
eruditos no se explican este retroceso. En Torrijos
no podía situarse la escena del ciego avariento. Torrijos
era un pueblo predilecto de Dª Teresa Enríquez,
esposa de un contador de los Reyes Católicos;
allí levantó una iglesia y fundó un hospital. ¿Qué
da a hacer allí un pobre cura que tenía una vis-
ta (horca) de cebollas en una cañera? Nuestros
Reyes mandaban llevar cebollas en las naves,
contra el escorbuto. En Flandes, muy naciero que
España, se usarían mas las cebollas; en cada
del párroco de Maqueda, ¿por qué?

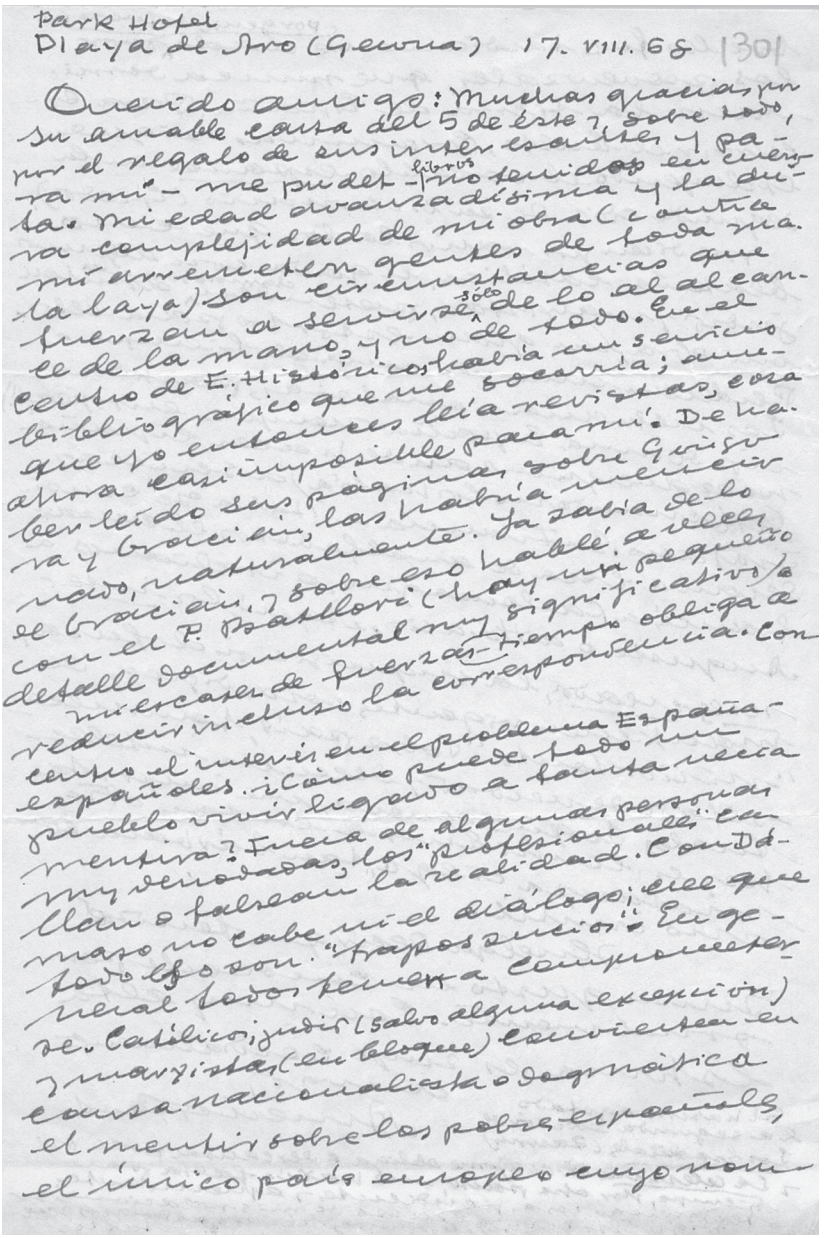


3

Azorín En Toledo, ¿dónde estaba la casa triste y desmantelada, en que vivía el hidalgo? ¿Dónde la tripería? ¿Era costumbre, en Toledo, que por las mañanitas de la primavera fueran los buscones a una huerta del Tajo a ver si alguien los convidaba a almorzar? ¿No se puede precisar todo esto? ¿No había en Toledo Ordenanzas municipales?

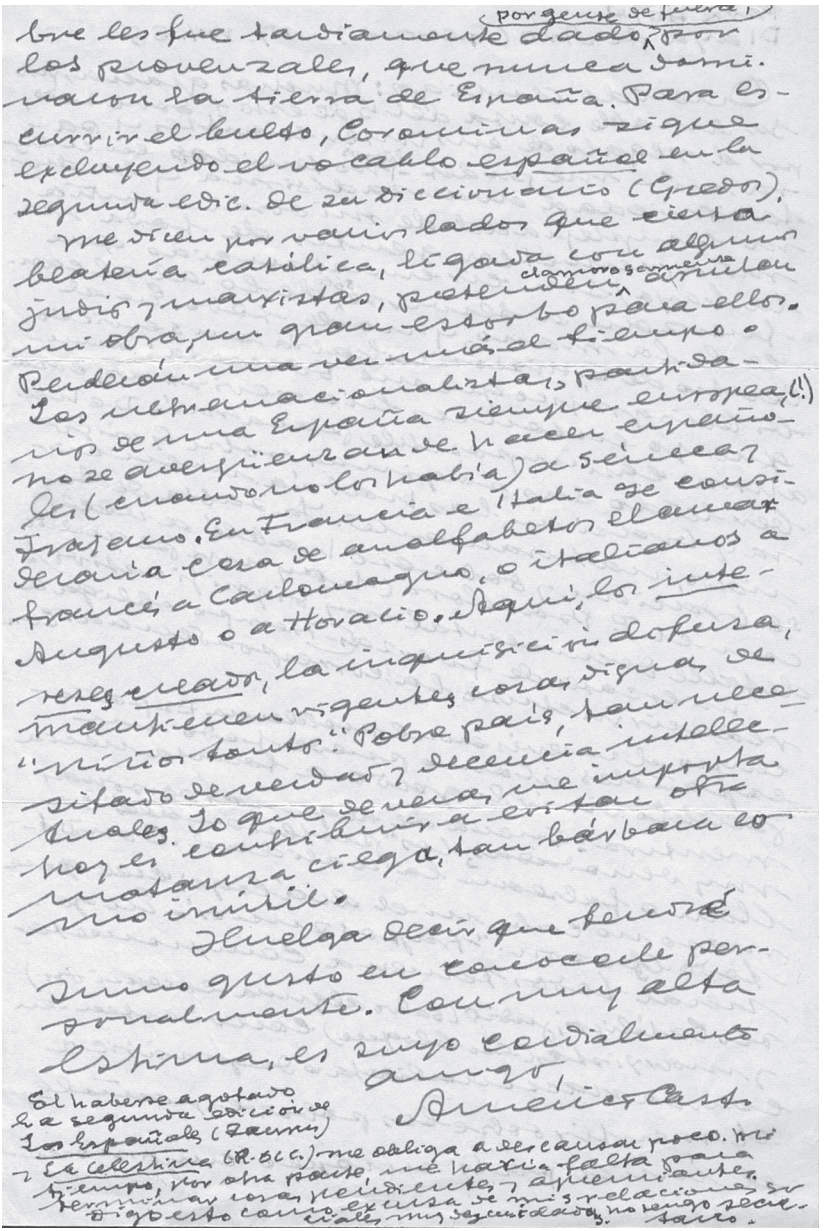
Comprendemos este Toledo con el Toledo que nos presenta Quevedo en el Buscón. En tres actos va a Toledo una compañía teatral, entre los actores va una linda bailarina. Todo va ser de gracia en Toledo. Todo debía ser tristeza en Toledo, con la ejecución de Padilla, el acabar el Zazarito. Abrazo, Azorín

Anexo 2: Carta de Américo Castro a Díaz-Plaja (1968)



Park Hotel
Playa de Aro (Gerona) 17. VIII. 68 1301

Querido amigo: Muchas gracias por
su amable carta del 5 de éste y, sobre todo,
por el regalo de sus interesantes y pa-
ra mí – me pudet – libros no tenidos en cuen-
ta. Mi edad avanzadísima y la du-
ra complejidad de mi obra (contra
mí arremeten gentes de toda ma-
la laya) son circunstancias que
fuerzan a servirse sólo de lo al alcan-
ce de la mano, y no de todo. En el
Centro de E. Históricos había un servicio
bibliográfico que me socorría; aun-
que yo entonces leía revistas, cosa
ahora casi imposible para mí. De ha-
ber leído sus páginas sobre Gingo-
ra y Gracián, las habría mencio-
nado, naturalmente. Ya sabía de lo
de Gracián, y sobre eso hablé a veces
con el P. Batllori (hay un pequeño
detalle documental muy significativo) o
mi escasez de fuerzas-tiempo obliga a
reducir incluso la correspondencia. Con
centro el interés en el problema España-
españoles. ¿Cómo puede todo un
pueblo vivir ligado a tanta necia
mentira? Fuera de algunas personas
muy denodadas, los "profesionales" ca-
llan o falsean la realidad. Con Dá-
maso no cabe ni el diálogo; cree que
todo eso son "trapos sucios". En ge-
neral todos temen a comprometer-
se. Católicos, judíos (salvo alguna excepción)
y marxistas (en bloque) convierten en
causa nacionalista o dogmática
el mentir sobre los pobres españoles,
el único país europeo cuyo nom-



bre les fue tardíamente dado (por gente de fuera) por
los provenzales, que nunca domi-
naron la tierra de España. Para es-
currir el bulto, Corominas sigue
excluyendo el vocablo español en la
segunda edic. de su diccionario (Gredos).
Me dicen por varios lados que cierta
beatería católica, ligada con algunos
judíos y marxistas, pretenden clamorosamente anular
mi obra, un gran estorbo para ellos.
Perderán una vez más el tiempo.
Los ultranacionalistas, partida-
rios de una España siempre europea, (!)
no se avergüenzan de hacer españo-
les (cuando no los había) a Séneca y
Trajano. En Francia e Italia se consi-
deraría cosa de analfabetos el amar
francés a Carlomagno, o italianos a
Augusto o a Horacio. Aquí, los inte-
reses creados, la inquisición difusa,
mantienen vigentes cosas dignas de
"niños tontos". Pobre país, tan nece-
sitado de verdad y decencia intelec-
tuales. Lo que de veras me importa
hoy es contribuir a evitar otra
matanza ciega, tan bárbara co-
mo inútil.
Huelga decir que tendré
sumo gusto en conocerle per-
sonalmente. Con muy alta
estima, es suyo cordialmente
amigo,
Américo Castro

El haberse agotado
la segunda edición de
Los Españoles (Taurus)
y La Celestina (R.O.C.C.) me obliga a descansar poco. Mi
tiempo, por otra parte, me hacía falta para
terminar cosas pendientes y apremiantes.
Digo esto como excusa de mis relaciones so-
ciales muy descuidadas, no tengo secre-
tario.